
SERMON PREDICADO

FOR EL

Exmo. Sr. Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos

ARZOBISPO DE MEXICO

EL DIA 2 DE FEBRERO DE 1868

EN LA SOLEMNISIMA FUNCION
QUE LA HERMANDAD DE LA QUINTA ANGUSTIA
CELEBRA ANUALMENTE EN SEVILLA

EN HONOR DE LA SANTA CRUZ

Mihi autem absit gloriari, nisi in Cruce Domini Nostrí Jesu Christi.

Ad Galatas c. 6. v. 14.

Mas nunca Dios permita que yo me glorie sino en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

S. Pablo á los Gálatas, cap. 6, v. 14.

SERENÍSIMA SEÑORA: (1)

Cuando aquel hombre misteriosa y milagrosamente suscitado de entre los mas entusiastas perseguidores de la Cruz, para llevarla en persona como enseña, como doctrina, código y galardón, por las vastas regiones del gentilismo, ya transformado en apóstol, recorria los pueblos desempeñando la mision de salud que le habia confiado

(1) Doña María Luisa Fernanda de Borbon, infanta de España, estaba presente.

Jesucristo; cuando Pablo, sirviéndose de sus epístolas difundia la luz de una doctrina celestial y el fuego de un amor divino, y la fuerza de una virtud omnipotente por aquellas Iglesias plantadas con su celo y cultivadas esmeradamente con la ternura de su corazón, como las priniicias del nuevo reino, pronunció una palabra digna de su inspiración y de su genio, cuya prodigiosa fecundidad, desarrollada incesantemente en la serie de los siglos, es aún hoy día la fuerza y el poder de nuestros discursos sagrados. Llamando al tribunal de su magisterio todos los atributos de la gloria, cuanto habia ocupado y podia ocupar aún con interés á todos los hombres; la ciencia, el poder, la grandeza, la felicidad, resolvió soberanamente la célebre cuestion con esta sentencia sublime: "Lejos de mí, el gloriarme en otra cosa que en la Cruz de Jesucristo Señor Nuestro," *Mihi autem absit gloriari, nisi in Cruce Domini Nostrí Jesu Christi.*

Este divino Maestro, antes de abrir la carrera de su pasión, habia prevenido el discurso de sus apóstoles con una misteriosa profecía que aplazaba para un poco mas tarde convertir un patíbulo ignominioso en un monumento ilustre de poder, de grandeza y de gloria, diciendo: "todo lo he de atraer hácia mí desde el instante mismo en que haya sido levantado de la tierra," es decir, católicos, desde que haya sido clavado en la Cruz. El Apóstol se inspiraba todo con esta idea en los momentos de transmitir aquel concepto á los fieles de Galacia, como un tema que debia, no solo dirigir sus discursos, sino tambien gobernar su conducta en el sistema de las relaciones que los unian entre sí como miembros del cuerpo místico de Jesucristo.

En consecuencia de esto el Apóstol reputaba como indigno de ocupar el pensamiento é interesar el corazón de los verdaderos fieles, todo aquello que no fuese tocado á este madero: porque no reconocia mas luz que la que él despedia, ni mas fuerza que la que él comunicaba, ni mas honra que la que distribuía, ni mas poder que el que aca-

baba de instituir, ni mas gloria por tanto, que la que habia dejado vinculada en él con sus merecimientos infinitos la gran Victima del Calvario. *Mihi absit, etc.*

Este madero augusto representa, en efecto, católicos, todo el triunfo de Jesucristo sobre los enemigos de su reino. De instrumento de suplicio, quedó trasformado en trono de gloria; y él solo, atravesando con magestad entre la verdad y la virtud el dilatado curso de los siglos, reúne todos los triunfos, preside á todas las glorias, y en su calidad de enseña del nuevo reino, nos dá el derecho y nos impone al mismo tiempo el deber, á cuantos nos hallamos alistados en esta milicia sagrada por el bautismo, de hacer con la profesion de nuestra fe y el sistema de nuestra conducta, un eco fidelísimo á las palabras del Apóstol, diciendo como él á nuestro turno: "Lejos de nosotros el gloriarnos en otra cosa que en la Cruz de Jesucristo. *Mihi absit, etc.*

¿Qué asunto, pues, mas adecuado á la solemnidad presente y mas conforme á vuestra piedad, que el que suministran á una y otra estas palabras de San Pablo? Sin salir de ellas, hermanos míos, podemos admirar en la contemplacion de los mas bellos triunfos las glorias de la Cruz. Identificadas esencialmente con Aquel que murió en ella, son infinitas, y traspasan con mucho los límites de nuestro pensamiento. Pero sin la pretension de abarcar el inmenso conjunto, podemos columbrar un tanto su comprension, fijándonos en ciertos puntos, cada uno de los cuales, representa la accion de lo infinito sobre la humanidad. Sí, la accion de lo infinito: porque sin una virtud infinita, el mal hubiera sido incurable, la muerte moral absolutamente infalible, y la condenacion eterna del todo inevitable. La humanidad, que lo tuvo todo para perderse, nada habria podido para salvarse, si Dios no la hubiese restaurado para inmolarla, é inmolado para salvarla. Los grandes triunfos de la Cruz nacen de aquí, siguen fielmente la generacion del mal, reparan todas las pérdidas, y con solo esto conquistan todas las glo-

rias. El orgullo de la ciencia comenzó la obra de destruccion y el apetito sensitivo consumó la ruina. Cada estrago conservó su castigo propio. Quiso el hombre conquistar la ciencia de Dios, y cayó en la mas lastimosa ignorancia: anheló el placer, y sorprendió á su razon encadenada por los sentidos. Enturbiada así la fuente, el mal se propagó á las generaciones, el caos habia envuelto á la inteligencia, la depravacion universal habia sucedido al candor puro de la humanidad inocente; y cuarenta siglos despues, en las visperas del advenimiento del Mesías, el profeta lanza una mirada sobre el mundo y retrocede horrorizado al verle sentado en las tinieblas y en las sombras de la muerte. Hé aqui la obra que el Padre reservaba á su Unigénito muerto en la Cruz: iluminar este nuevo caos, resucitar este inmenso cadáver. Esta luz y esta vida fueron un hecho desde que Jesucristo exhaló el último suspiro; y su Cruz, gran símbolo de sus humillaciones y sus grandezas, de sus tormentos y su poder, de sus combates y sus victorias, quedó á la enseña, veneracion y gozo del pueblo redimido en lugar del mismo Jesucristo; y nosotros con el derecho y la obligacion de referir á ella lo que diríamos del Salvador, y de referir al Salvador lo que digamos de la Cruz.

Voy, pues, hermanos míos, á recorrer con vosotros en esta solemnidad los grandes triunfos de la Cruz representados en la restauracion intelectual, moral y social del género humano.

Mas á fin de que la palabra evangelica produzca sus mas felices efectos en el ministro que la predica y en el auditorio que la escucha, ocurramos todos llenos de fe y de confianza á esa Madre dolorosa crucificada en espíritu con su divino Hijo, y recibiendo al pié de la Cruz aquella daga terrible que le anunció el profeta Simeon considerándola ya desde entonces como socia del mismo Jesucristo en los tormentos de su pasion y correidentora del mundo. ¡Oh Maria! dignate comunicarnos en ocasion tan solemne, como Madre de la divina gracia, la

que necesitamos todos para meditar con provecho los augustos misterios de la Cruz. Así te lo pedimos considerando con Jeremías como un mar de amarguras y saludándote siempre con el ángel llena de gracia.—AVE MARÍA.

PRIMERA PARTE.

Si la restauración intelectual del mundo es el primero de los trofeos que engalanan ese madero sagrado, no imagineis, católicos, que al conceptuarlo y demostrarlo así, tenga yo la idea ni de suponer inactiva por espacio de cuatro mil años la razón humana, ni de afirmar que sus incesantes tareas hubieran sido tan inútiles que careciese de todo linaje de conocimientos. No; lejos de mí emplear esa táctica propia de la desconfianza, porque la verdad católica no ha menester para sus triunfos de empobrecer con supuestas hipótesis el campo enemigo. Bien sabéis que la antigüedad gentilica poseía filósofos, legisladores, oradores y poetas, y que las obras maestras de estos últimos son todavía objetos dominantes en la escuela del buen gusto. Sin embargo, á pesar de todas aquellas luces, de aquellos portentosos esfuerzos de investigación, de aquellos legisladores y de aquellos moralistas, el Profeta no exageraba cuando mostró al mundo todo ciego y todo corrompido; ni el Evangelista, cuando refiriéndose al Verbo encarnado, le presenta como la luz que resplandeció en medio de las tinieblas.

Profundamente penetrado de estas ideas, concedor y desengañado como el que mas, del poco valor y menor utilidad de la sabiduría humana, Pablo, despues de haber estado en el Areópago, la relegó al desprecio, diciendo con una énfasis sublime: yo no quiero saber mas que á Jesucristo y á Jesucristo crucificado. Sentencia de profundísimo sentido y práctica sinópsis de la inmensa revolución hecha por la Cruz en los vastos dominios de la inteligencia. Sí, católicos, el hombre pensaba, pero pensaba mal; el hombre sabia, pero sabia poco y lo sabia mal; el hombre habia adquirido algunos conocimientos, pero precarios y estériles. El gran *desideratum* de la inteligencia estaba todo en pié; pues bien, considerada la necesidad intelectual del mundo, lo poco que habia, por su carácter, su confusion, su inseguridad, su limitación y su excentricidad del cielo, podia compararse con la nada. Todo estaba por enseñar, todo por aprender; y esto es lo que hizo por completo la escuela de la Cruz. Saberlo todo, cuanto exige nuestro destino inmortal; saberlo con la seguridad que comunica lo infalible; saberlo sin mezcla de errores y de absurdos; saberlo en el orden mas perfecto; saberlo de una manera práctica y con provecho, el mas grande para el hombre en todos los estados y condiciones de su vida moral y social; hé aquí la razón católica: establecer el reino de la razón católica sobre las ruinas del Sanhedrín, del Areópago, del Liceo, es decir, á pesar de los esfuerzos del judaismo y del gentilismo; hé aquí la obra de la Cruz. El Apóstol de las gentes tenia pues, católicos, una razón incontrastable para no querer saber otra cosa que á Jesucristo crucificado. ¿Cuál es esa razón? Escuchad: porque esta ciencia hace resplandecer toda la sabiduría divina en la fuerza de su testimonio, en el carácter de su contenido, en la extensión de su influjo y en el perdurable goce de sus frutos infinitos.

Esa Cruz encierra la plenitud de la verdad en todas sus facetas, desde la creación hasta la redención del hom-

bre; ata con sus brazos al Paraíso con el Gólgota. La creación del hombre y su estado primitivo, el primer pecado y sus tristes consecuencias, las promesas de un Redentor que aparecen en los momentos mismos en que va á naufragar la esperanza; los patriarcas constituyendo la primera sociedad, la sociedad doméstica, rigiéndola con la ley de la naturaleza, transmitiéndose unos á otros su historia y sus esperanzas; la gran corrupción que sepultó al mundo entre las aguas del diluvio; la salvación de la estirpe que hace sobrevivir á la humanidad en el arca misteriosa; el nuevo patriarcado que marca la gran transición de la sociedad y de la ley desde Noé hasta Moisés, que publica un código escrito é instituye la sociedad civil; los profetas presentándose al través de los siglos, como otros tantos enviados para ir bosquejando al Mesías, cada uno de ellos con caracteres mas parecidos; en fin, las ceremonias sagradas, las instituciones legales, la ley moral, los personajes mas ilustres y los mas gloriosos hechos: todo viene á colocarse al pié de ese simbolo sagrado desde que ha muerto en él el Redentor del mundo para dar el testimonio mas cumplido á la verdad.

Mas este gran testimonio, que era ya bastante por sí mismo para ministrar los mas robustos apoyos á la creencia, recibió mayor fuerza todavía con los milagros de Jesucristo, la voz de su Eterno Padre en el Tabor y en el Jordan, y los caracteres de su doctrina.

¿Quién es capaz de ponderarlos? ¿Cómo encarecer el sublime poder de los misterios desde el dogma sacrosanto de un Dios Trino y Uno hasta la Encarnación del Verbo en las entrañas de Maria, desde la institución de la Eucaristía y la pasión y muerte del Hombre Dios, hasta la resurrección de la carne y el juicio universal?

¿Y qué os diré, católicos, de ese orden maravilloso que resplandece en el conjunto de esta ciencia sublime, de la armonía que los dogmas, los preceptos y las máximas forman entre sí y en sus relaciones con Dios y con los hombres? En vano se habia procurado llegar á esta

unidad, y mas en vano todavía darle al mismo tiempo el doble carácter de una ciencia elevada y una razón común, de hacer admirar igualmente lo que hay de mas grande en la razón de los sabios y de mas sencillo y fácil para el sentido común de los pueblos. ¡Cosa admirable! tratándose de las relaciones entre Dios y la humanidad y de la gran ciencia de nuestro último fin, el niño cristiano sabe mas que Platon.

Pero sobre todo, católicos, hay dos caracteres que ni aun á pretender se atrevieron todas las antiguas escuelas en medio de su vanidad y de su orgullo. Con sus iniciaciones impostoras se apellidaron depositarias de misterios; con sus sistemas se gloriaban de haber alcanzado los honores del orden y de la economía; con sus adeptos creyeron conquistar la universalidad; pero nadie pasó de aquí. Encerrados dentro de los linderos de simples especulaciones de un orden puramente natural y sin ir mas allá de los límites del tiempo, los sabios del paganismo estuvieron muy lejos aun de aspirar á lo santo y á lo eterno. Mas estos dos atributos brillan con caracteres indelebles en la doctrina de la Cruz, doctrina toda virtud y santidad en el gran cuerpo de sus revelaciones, de sus mandatos y de sus consejos; toda inmortalidad, eternidad, ventura sin fin, sin límite y sin mezcla en todas sus promesas.

Si, católicos: una palabra de Jesucristo lo enseña todo. Refiriéndose á las almas fieles que perseveran en el cumplimiento de su ley, dice que El y el Padre vendrán á ellas y harán su mansion en ellas. Tal es el carácter de la doctrina practicada. Ella trasforma el alma en digna morada del mismo Dios; y por esto San Pablo asegura que los cristianos son miembros de Jesucristo y templos vivos del Espíritu Santo. Y no se trata, católicos, de esas virtudes ficticias con que una estéril filosofía intenta deslumbrar á los incautos: no se trata de la austeridad presuntuosa del estóico, de la clemencia calculada del vencedor, ni de la liberalidad astuta del político; se trata de

la virtud cristiana, se trata de la santidad de la Cruz, de la santidad misma, y la santidad es otra cosa.

Y bien, ¿cuál es la fuerza que sostiene á todos los justos en la práctica de una doctrina, cuya severidad parece desconcertar á la naturaleza? Las trascendencias eternas de su accion, la felicidad con que brinda, sus angustias é inmortales promesas.

Al anunciarlas el Redentor del mundo borró para siempre todas las pretendidas glorias de la virtud humana, trasformando en objetos de su predileccion eterna las cosas mas despreciables y aun aborrecidas del mundo. Hasta entónces habiase apelado á los tesoros y á las armas, á la seduccion y á la venganza, á los goces y á las grandes influencias, para explicar la felicidad. Pero El, que iba á ser crucificado, se apresuró á corregir los errores de cuarenta siglos. Encumbra la montaña, abre sus labios y reúne á sus escogidos entre los pobres de espíritu, los mansos y humildes, los que han hambre, los que lloran, los que padecen, los pacíficos, los misericordiosos, los limpios de corazon; en fin, todos aquellos que se unen con El, llevando su Cruz y andando con ella esta carrera de expiacion que pasa por el Calvario y conduce al cielo.

¡Oh Cruz! ¡hé aquí los caractéres de tu doctrina, de esta doctrina soberana que todo lo ilustra y todo lo somete! ¡Hé aquí tus triunfos sobre la inteligencia hundida en las tinieblas mas espesas de la ignorancia y del error, y resucitando á la luz de la verdad bajo la influencia poderosa del apostolado que presides!

¿Cómo encarecer debidamente, católicos, este resultado precioso que debió el mundo al magisterio de la Cruz? ¡Cuán pequeña es la razon humana para elevarse á tan inmensa altura! exclamaré con un orador contemporáneo. El mundo estaba sumergido en las tinieblas: crímenes contaba la historia en sus anales: errores é imposturas la filosofia en sus escuelas. Inútilmente habian aspirado todos al imperio de la razon: las sectas impelian á las sec-

tas; los sofismas triunfaban de los sofismas; empeñábanse en escandalosas lides los errores con los errores; y parece que la noche habia corrido su negro manto sobre los hombres y la naturaleza. Nada podia ya esperarse de aquellos, ni el entendimiento era capaz de ser regenerado sino con un soplo de vida como el que animó al primer habitante del Paraiso. Hé aqui la obra representada en ese madero santo en favor del entendimiento para hacerle volver de las tinieblas á la luz. Pero no nos detengamos aqui: porque si la Cruz es la escuela de verdad que forma la razon católica, es tambien un poder soberano que depura el corazon, rige la conducta y forma las virtudes cristianas. Veamos, pues, en la restauracion del mundo moral el segundo trofeo de la Cruz del Salvador.

SEGUNDA PARTE.

Grande era, católicos, y á todas luces imponderable la necesidad intelectual que aquejaba al género humano al cabo de su tenebrosa carrera de cuarenta siglos entre los últimos restos de una ley que habia casi perecido por completo, y los destellos fugaces de una razon empeñada lastimosamente en la ridicula tarea de poseer por derecho propio el cetro de la inteligencia sobre todos los objetos de las investigaciones humanas. Mas á pesar de esto, y sin embargo de lo mucho que para confirmarlo y encarecerlo nos refiere la historia, puedo aseguráros ciertamente que aquella necesidad no era nada respecto de la

que oprimía por todas partes, sin hacerse sentir, el corazón de toda la humanidad. Es tan grande la diferencia entre una y otra, que á la vista de la inmensa contaminación que corroía por todas partes las entrañas del hombre moral, parecía que no presentaban el menor carácter alarmante los males de la inteligencia. ¡Cosa admirable! Uno de los poetas gentiles, dando cuenta de sus propias impresiones, ponía de manifiesto el estado comparativo de ambos mundos, el de las ideas y el de los sentimientos, confesando la inconsecuencia de su conducta con su razón. Sentimiento natural que no podía faltar, supuesto que aun quedaban algunas ideas aunque puramente especulativas de justicia y de razón. El corazón estaba enfermo y sus síntomas eran profundamente mortales; y aquellos conatos de perfección y reforma que de tiempo en tiempo se hacían, eran, por explicarme de esta suerte, los movimientos instintivos de un moribundo que lucha por reincorporarse en la vida.

Los antiguos tenían, pues, moralistas y legisladores; es decir, buscaban con avidez la reforma del hombre, y querían poner en armonía las costumbres con las leyes para la perfección de la sociedad. Su empeño y solicitud fueron tales que nos vemos tentados á considerar aquella laboriosidad como el bello ideal del heroísmo de la inteligencia por dominar el corazón. Sin embargo, católicos, todo había sido inútil, y la esperanza se alejaba más y más, á medida que multiplicaban sus tareas aquellos sabios reformadores. ¿Qué faltaba, pues? Una cosa nada mas; pero una cosa que no podía salir del hombre: faltaba la gracia, y la gracia no tenía su procedencia, ni podía tenerla tampoco en la humanidad. Todo en ésta se hallaba en contradicción y guerra, porque nada estaba en su lugar. Esta máquina desconcertada por las mas infames pasiones, no podía restaurarse por sí misma. Su concierto era la paz, y la paz debía ser una consecuencia de la justicia. Mas la justicia no existía, porque sacrificada por el hombre delincuente en el Paraíso, había

huido de la tierra. ¿Cómo conseguirlo? ¿Cómo realizar este portentoso? ¿Cómo llegar á esa restauración del mundo moral, mas admirable que la creación del universo, según la bella expresión del Profeta?..... El Verbo eterno descendió desde el seno de su Padre al seno de una Virgen, para nacer en la tierra con la misión divina de restaurar, mediante su sacrificio, la verdad, la virtud y la felicidad; pudiéndose ya decir desde entonces, como un hecho felizmente realizado, que la Verdad nació sobre la tierra, y que la Justicia, no contenta con pasear desde lo alto sus miradas, como cantaba David, bajó de los cielos para darse con la paz en la tierra el ósculo de amor. *Justitia et pax osculate sunt.* Así, con la santa humanidad de Jesucristo, venido para padecer y morir en esa Cruz, quedó firmado en el cielo entre Dios y el hombre un nuevo tratado de amistad, alianza y ventura, tan firme, que no podrían contra él el tiempo ni la muerte, concertadas como lo fueron en el establo de Belén la gloria de Dios y la paz de los hombres.

Ya desde entonces, católicos, la carrera del tiempo cambió de valor y de carácter. A los siglos estériles siguieron los siglos fecundos; á la inmensa procesión de todas las gangrenas morales sucedió el innumerable ejército de todas las virtudes, desfilaro unas tras otras presididas por la Cruz, del tiempo á la eternidad. No hubo ya ni una hora insignificante ni un hecho sin grandes consecuencias, y ¡admirable y estupenda maravilla! cada uno de los cristianos era en sí mismo por el infinito poder de la Cruz, un cielo nuevo y una tierra nueva. ¿Y por qué, católicos? Porque el triunfo de la Cruz, multiplicando milagrosamente lo que de suyo es único é indivisible, hizo que el reino de Dios estuviese encerrado en cada uno de aquellos que fuimos redimidos por ella.

Pero, ¿cómo explicar, me diréis, un cambio que instantáneamente realiza lo que rindió en vano las fuerzas de toda la sabia é ilustre antigüedad? Ya os lo he indicado bastante: por la adquisición de dos medios esencia-

les, uno para el entendimiento y otro para la voluntad, ninguno de los cuales podia venir del hombre. La fe y la gracia. El entendimiento sin la fe podrá saber menos; pero no mas de lo que alcanzaron los sabios del gentilismo con todos sus afanes: la voluntad sin la gracia es el mas raquítico de los seres entre las garras de los brutos mas feroces.

¿Lo habeis comprendido bien, católicos? Hasta aqui hemos visto el *por qué*; pero sospecho que vuestra razon y vuestra piedad santamente asidas de estas grandes ideas, quisieran engolfarse todavia en la meditacion del *cómo*, esto es, del modo con que tan gran trasformacion se hubo realizado. ¿Quereis saberlo? Lejos de mi el empeño de abrir esas puertas que cierran los mundos del misterio, las invisibles sendas de la gracia; pero sin necesidad de tanto, yo puedo, con la luz espléndida que me da el Evangelio, poner á vuestra vista los caminos externos, es decir, los medios revelados de esta restauracion. Atended.

Los antiguos habian dicho: "Por el entendimiento á la verdad, por la verdad á la virtud, y por los placeres á la dicha." Veis desde luego que en la cuestion de la felicidad se dividian el entendimiento y el corazon. Jesucristo, para formar al hombre, cambi6 de rumbo, diciendo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida." Habeis meditado alguna vez, católicos, la doble luz que sale de esta sentencia del Salvador? Como grande objeto de imitacion, gran revelacion de la verdad y fuente de la vida, sí, yo lo sé; porque ésta es la religion, ésta es la verdad, ésta es la expansion del espíritu, ésta es la sávia que nutre la santidad. Pero no es esto todo ni yo os preguntaba esto solo. Esta es una luz, y yo hablo de dos; esta es la luz del contenido, y yo hablo tambien de la luz del orden con que todo está expresado: *camino, verdad y vida*. Este orden, católicos, esta sucesion con que se presentan en el lenguaje de Nuestro Señor Jesucristo los elementos de la felicidad, no es una cuestion de sintaxis, ni una cuestion de lógica, ni una cuestion de histo-

ria. Esta es otra cosa, tan alta, misteriosa y divina, tan encubrada sobre toda jerarquía, tan superior á cuanto el entendimiento pudiera alcanzar despues de todas las investigaciones unidas, como no se puede ponderar. Este es el secreto de un Dios hombre reconstruyendo los caminos de la dicha, de una felicidad pura, suma é inmortal, que es lo que constituye la vida eterna, la parte práctica del Evangelio, la verdadera escuela de la Cruz, de la Cruz de Jesucristo. Sí, católicos, ahí está el secreto de la manera admirable con que se combinan los elementos de universal restauracion. En aquella sentencia sublime, se revela el modo con que se obró la trasformacion intelectual y moral de la especie humana. Renovad vuestra atencion.

Preciso es confesar, católicos, que el hombre, al acometer la empresa de una reforma general, era lógico empezando por la verdad, como lo hubiera sido comenzando por el entendimiento el estudio de sus facultades internas. Pero esta lógica de las ideas no era la de la historia, ni menos podia ser la de aquella ciencia práctica puesta en juego para curar las llagas de la humanidad. No, no era ya tiempo de abrirse brecha al corazon por las regiones del entendimiento, y por esto Nuestro Señor Jesucristo, gran médico de la humanidad corrompida, da de mano al empirismo de la ciencia, contrariando precisamente para sanar al hombre los pasos que el hombre habia dado para perderse. Al naufragio de la verdad, bien lo sabeis, precedió en el paraíso el naufragio de la virtud; el hombre no cegó sino despues de haber pecado. Era, pues, indispensable, que á la resurreccion de la verdad se llegase por la de la virtud, y que el sacrificio y la abnegacion con la gracia, poniendo al hombre en posesion de la fe viva que justifica, le allanasen los caminos de la verdad y le condujesen por ella á los goces de la vida eterna. Hé aquí, católicos, un proceder maravilloso: disponer con la reforma del corazon, la reforma del entendimiento, promulgar desde una cruz la ley del sacrificio y de la ex-

piación y hacer salir de esta ley la virtud, la verdad y la vida. Es decir, no podía llegarse á la verdad sino por Jesucristo, que es el camino; que no podía llegarse sin Jesucristo, que es la virtud, y que para llegar á ella, es necesario estar mudo con Jesucristo. ¿Cómo? Escuchad aun al divino Maestro: "*El que quiera venir en pos de mí, nieguese á sí mismo, tome su cruz y sígame.*" Es decir, católicos, el secreto de la virtud, el secreto de la verdad, el secreto de la vida, está todo y solo en la Cruz del Salvador. ¿Por qué? Primero, porque negarse á sí mismo es la preparación indispensable para llevarla. Segundo, porque sin llevarla no se puede seguir á Jesucristo. Tercero, porque llevándola con espíritu cristiano, todo está conseguido, nada falta: la santidad es la forma de la vida moral; la bienaventuranza, la consecuencia infalible de una muerte santa.

Ya comprenderéis, católicos, á la luz de estas verdades, el por qué de esa reciprocidad esencial que hay entre la Cruz y Jesucristo, y cuán cierto es que sin ella no nos es dado seguir al que murió en ella, y cómo con ella, no solamente le seguimos, sino que vivimos en él y El vive en nosotros. Comprenderéis también cómo siendo Jesucristo el camino, es necesario seguirle constantemente ó perderse para siempre: porque en esto no hay medio, porque andar fuera de él es caminar en el caos y parar en los abismos. Al contrario, seguirle es nadar en un océano de esplendor: porque Jesucristo es la luz del mundo y esta luz divina no es de aquellas que desaparecen á la hora menos pensada, no es de aquellas que brillan solo para divertír: porque el que anda con Jesucristo no anda en las tinieblas y la luz que se le da, es nada menos que la luz de la vida. *Qui sequitur me non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vite.*³¹ Ved, pues, católicos, cifrado en la posesión inamisible de Jesucristo el toque final de perfección de este cuadro: esa muerte mística que hace desaparecer del hombre al hombre sin dejar en su lugar mas que á Jesucristo. *Muertos estais*, decía el Apóstol

aludiendo á esas almas generosas que han hecho ya todas las experiencias en esta escuela de amor: muertos estais y vuestra vida está oculta en Dios con Jesucristo. *Mortui estis et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo.* Feliz aniquilamiento, que vuelve al céntuplo cuando se sacrifica, trasformando al hombre, como dice Tertuliano, en una especie de Jesucristo. ¡Admirable trasformación! que hacia exclamar extasiado al Apóstol de las gentes: "*No vivo yo; sino que Cristo vive en mí.*"

Ved aquí, católicos, radicalmente innovados los elementos de una restauración universal: ved aquí un cuadro enteramente nuevo, una verdad que sigue la virtud y un entendimiento que viene tras las huellas del corazón: ved aquí una escuela práctica donde todo es espíritu y vida: ved aquí un aprendizaje abierto á los pequeños y sencillos, á los que ya son de Jesucristo por haberle seguido y en el cual no se requieren grandes talentos y heroicos esfuerzos de investigación, sino que basta ser dócil y humilde para ser perfecto.

¡Cuánto pudiera deciros, católicos, sin salir de estos conceptos, para arrobaros al pie de esa Cruz, fuente de tantas maravillas, arca de tantas riquezas, manantial de tan puros y elevados goces! ¡Con qué placer me detendría con vosotros á contemplar el mas bello de todos los trofeos que engalanan la Cruz del Salvador en ese panteón ilustre donde aparecen en toda su grandeza las virtudes del Cristianismo! ¿Qué no podria deciros á la vista de los mártires que prodigaban su vida por Jesucristo y sin otras armas mas que el heroísmo de su paciencia y la generosidad de su fe hicieron caer al fin ante la Cruz á los pueblos y á los reyes convertidos? ¿Qué, si en presencia de los confesores os hicieron admirar el heroísmo de la penitencia, los prodigios de la abnegación, y todo el imponente aparato de la austeridad ofreciendo á Dios el martirio del corazón crucificado para el mundo y no menos grande que el de la sangre vertida en los cadalsos? El alma se extasia cuando contempla esa maravilla su-

prema que presentan en la iglesia sus doctores eximios, pasmo de su siglo, salvadores del saber antiguo y fundadores de la nueva ciencia, genios de primer orden, prodigios de erudicion y de inteligencia que no quieren saber otra cosa que á Jesucristo crucificado, y la lengua es impotente para explicar los sentimientos que deja en el alma el preciadísimo cuadro de las vírgenes que van á esparcir en los desiertos ó encierran en los claustros los aromas de la santidad y que rodean de punzantes espinas la bella flor que han consagrado á Jesucristo, para que no la contamine la atmósfera del mundo ni aun el contacto del pensamiento.

Pero, católicos, inmensa es la materia, breve el tiempo y estrecha la necesidad para mi objeto de completar la gloriosa revista de tantas victorias, haciéndonos pasar de la restauracion de la verdad y la virtud á la regeneracion completa de toda la sociedad.

TERCERA PARTE.

Guardaos de creer, católicos, al oírme hablar de una restauracion social, que yo me proponga entrar con vosotros en ese laberinto de teorías presuntuosas y aplicaciones falsas en que se estrelló tantas veces el genio de la política. Tampoco imaginéis que desde esta cátedra, en que predicamos una verdad que no tiene principio, y cuyos fundamentos en sus relaciones prácticas posan en lo

infinito, rinda un tributo, ni aun haga un cumplimiento, á eso que los modernos han llamado sistema constitucional, en el sentido de una institucion nueva, creada por el hombre en los últimos tiempos. No; fiel á la santa mision que me está cometida, vengo á las grandes verdades, cuyo menosprecio ó olvido ha traído siempre á la sociedad á sus últimas crisis, perpetuado el desorden, y dado nuevos y poderosos impulsos á ese gigante de cien brazos que se llama Revolucion. Yo descorreré el velo que cubre un teatro del exclusivo dominio de la historia, con el objeto de haceros comprender dos sencillas verdades: primera, que la restauracion social y política del mundo hubiera sido imposible sin la Cruz; segunda, que la vuelta al paganismo es cosa en extremo fácil de realizarse, abandonando la Cruz.

En todos los tiempos, desde que la sociedad hizo su transicion de su estado doméstico á su estado civil, se ha comprendido mas ó menos vagamente, pero siempre de algun modo, que la sociedad es la unidad en un conjunto: porque ni éste podría presentar un objeto comun, si carecia de aquella, ni aquella constituir un todo complejo, si no dominaba la multitud. Mas en aquella transicion, católicos, la humanidad en su mayor parte se desbordó por la tierra sin provisiones para la inteligencia y el corazón; y solo aquel pueblo que Dios quiso reservar para sí, á fin de que no pereciese por completo la obra suya, conservó bajo la ley escrita la verdadera forma social. Tenia, pues, un Dios y una creencia, un sistema de relaciones en armonia con sus leyes, una Jefatura divina con un ministerio humano. Dios era el Rey y Moisés su ministro universal. Pero dejemos esto; porque esto es la obra de Dios, y ahora se trata de la obra del hombre solo; del hombre trabajando sin tregua, pero fuera de Dios y en olvido de su ley; se trata de la sociedad con pretensiones de constituida, con vicisitudes, con balance continuo de fuerzas preponderantes ó sometidas, en una palabra, se trata de la sociedad gentil.

Vedla, católicos: contemplad ese cuadro; observad una por una sus deformidades inmensas; y notad la espantosa armonía, el horrible paralelismo que con ellas guardan sus lastimosas crisis. ¿Veis esa mayoría incontable, cargada de cadenas, esclavizada en todas sus partes, y sin libertad mas que para servir á los caprichos y á los deleites brutales de una minoría insolente y sensual? ¿Veis la ferocidad con que á una señal y sin que sirvan de obstáculo, ni aun los vínculos mas íntimos de la naturaleza, se lanzan, á una voz dada, pueblos enteros á los circos y á los anfiteatros para divertir los ocios de los Césares, matándose en su presencia? ¿Veis esas inmolaciones, aquí sacrilegas, allí domésticas, y siempre sociales, del pudor al placer de los impostores y de los magnates? ¿Veis ese tráfico infame que fija los destinos de la mujer esclavizándola en el matrimonio y prostituyéndola en el pueblo? ¿Veis esos códigos de la esclavitud, que no satisfechos con envilecer, llegan al extremo de suprimir al esclavo de la categoría de los seres? ¿Veis esas alternativas constantes de las masas, que obran á nombre de la soberanía popular, y los tiranos, que las subyugan y dominan con el sangriento derecho de la espada? ¿Veis esas legislaciones monstruos, donde los crímenes suben á la categoría de los derechos, y los mas descarados vicios usurpan en la vida los tributos de la virtud, y reciben en la muerte los honores del apoteosis? ¿Veis cómo concurren y se asocian, en el curso de tantos siglos, como dos buenas hermanas, una razon que todo lo diviniza, y una voluntad que todo lo prostituye? ¿Veis?..... ¿Pero á dónde voy, católicos?

Basta. ¡Qué cuadro! ¡qué historia! ¡qué portento de abominaciones y de infamia! ¡qué conjunto tan espantoso y tan ridículo al mismo tiempo! ¡qué contraste entre el esplendor de los talentos y la muchedumbre de los errores; entre los arranques atrevidos del genio y las últimas miserias de una humanidad envilecida! ¡Ah, católicos! Todos los ensayos y experiencias se habian hecho. Todas

las hipótesis, comenzando por las mas plausibles y concluyendo por las mas absurdas, habian pasado su revista, desde Thales de Mileto hasta el compilador de Yúsculo en las escuelas filosóficas. Todas las máximas que podian deberse á una razon desprovista de toda luz sobrenatural, habian sido inculcadas por los moralistas; por muchas y diversas combinaciones habian pasado los antiguos códigos; y ninguna forma habia dejado de tomar la sociedad civil.

En todo se habia pensado; sobre todo se habia discutido: heróicos fueron los esfuerzos de la antigüedad, é imponderable su solicitud en todas líneas; y sin embargo, al cabo de tantos siglos y de tan portentosa labor, y de un incesante movimiento ¿qué veis, católicos, en las sociedades que precedieron al cristianismo? Abundancia de todo para el error y para el mal; universal penuria para la verdad y para el bien. Creencias sin simbolo, moral sin código, legislacion sin justicia, sociedad sin relaciones, sin sentimientos, sin vocacion comun; gobierno sin estabilidad, pueblos sin garantías; crímenes, desastres y ruina por donde quiera: hé aquí todo.

Ni podia ser de otra manera, católicos: al politeísmo corresponde la anarquía; á la anarquía religiosa el ateísmo filosófico; al ateísmo filosófico el desconcierto social; al desconcierto social, la muerte política.

Hé aquí adonde llegó el hombre independido del cielo, lo que fué la sociedad en los tiempos del paganismo, y lo que hubiera sido despues, si una voz desprendida de esa Cruz, no la hubiera contenido en su mortal carrera con este grito de salvacion: Detente, que vas á perecer; has perdido la senda, estás á oscuras, y la gangrena te corroe por todas partes. Detente, y ven á mí que yo soy el camino, la verdad y la vida.

Elocuente, sin duda, y altamente persuasivo, católicos, era este lenguaje desprendido de la Cruz en los momentos en que el Hijo de Dios, ya para exhalar el último suspiro, dijo que todo estaba consumado: *Consumatum est*, y

mas que suficiente, para llevar á todos los pueblos con esta palabra el anuncio de la próxima resurreccion del mundo social bajo el influjo y en el seno del nuevo reino de la Cruz, de la Iglesia católica, el eco sublime que á esta palabra divina hizo la naturaleza consternada, estremecida de espanto y de dolor, á la vista de aquel tremendo sacrificio. Pero el mundo profundamente aletargado en el sueño de los placeres, é irresistiblemente cogido por todas las pasiones, era demasiado ciego y carnal para no hacerse sordo al convite de la Cruz, é insensible al llanto de la naturaleza. Sin embargo, al consumarse el sacrificio, se abrieron los sepulcros para dejar el paso libre á los que ya dormían en el polvo, y un hombre, aquel de quien menos se esperaba, el mismo que habia abierto con su lanza el costado del Salvador ya difunto, vuelve repentinamente sobre sí, abre sus ojos como si saliera de un profundo letargo, y con estas palabras que se escapan de sus labios á la vista de Jesus crucificado: "Verdaderamente que este era Hijo de Dios," hizo eco al cuadro de toda la naturaleza trastornada, y un eco que pasaria con las generaciones por todos los siglos. Pues bien, católicos, aquellos sepulcros abiertos, y este gentil convertido, fueron una doble profecía que anunciaba desde entonces la resurreccion del gentilismo, y su apresuramiento para rendir á la Cruz las primicias de su amor.

No fué, sin embargo, fácil, ni menos tranquila, la realizacion de esta profecía; y aquella nueva Jerusalem bañada con los esplendores del Verbo, embriagada en los placeres del triunfo, estática en presencia del siglo de oro que ya empieza á correr; aquella Madre tierna y solícita que arrebatada juntamente por su esperanza y su amor, salva todos los intermedios para no detener sus miradas sino en la perspectiva de un resultado feliz, vé inundados los horizontes por todas partes, y absorba, contempla los pueblos que se apiñan unos sobre otros, como otros tantos hijos suyos, para consolar su esterilidad, re-

compensar su fe y dilatar un imperio. Pero estos intermedios, que ella salva con su mirada, están, católicos, henchidos de tropiezos, erizados de espinas, sembrados por todas partes de precipicios y malezas: las nuevas familias vendrán á enjugar las lágrimas de la desolada Jerusalem; pero atravesando en frágiles barquillas, combatidas por todos los vientos, lagos inmensos de lágrimas y sangre.

¿Recordais, católicos, las terribles escenas por donde pasó la Iglesia en su cuna, desde la iniciacion de su reino, hasta la consumacion de su triunfo sobre toda la sociedad? ¿Recordais la espantosa realizacion de aquel oraculo pronunciado muchos siglos atrás, pintando la agitacion de todas las sociedades, el estreñecimiento y clamoreo de todas las naciones, la coalicion, la rabia y el furor de todos los príncipes contra el Señor y contra su Cristo; sus tenebrosas maquinaciones para extirpar hasta sus últimas memorias, la conjuracion del mundo político y social contra la familia del Gólgota, los millones de brazos armados con el poder y con el hierro contra la Cruz? ¡Ah! hermanos míos, lo recordais y mucho. ¿Y cómo no, cuando nos parece todavía fresca la huella de sangre que señala el camino de la Iglesia, desde Neron hasta Constantino; cuando no podemos dar un paso en estos sitios monumentales sin encontrar un recuerdo; y cuando los rios, y las montañas, y hasta las mismas piedras parecen oponerse al olvido de la lucha mas heróica y del triunfo mas glorioso? ¡Ah! cuando inaugurada apenas la nueva sociedad que sale de la Cruz ve venir contra sí á los pueblos y los reyes, y busca un asilo en los sitios inhabitados, ó en los espantosos subterráneos; cuando Roma, la misteriosa Roma, conmovida desde lo mas profundo hasta lo mas alto por dos fuerzas contrarias, estaba en vísperas de morir para resucitar, y de hacer su tránsito desde el Panteon hasta Letran; cuando contemplo estos dos pueblos, el uno viviendo á toda luz, con toda libertad, en medio de los placeres, orgulloso con el triunfo que me-

dita contra la Cruz, despues de haberla despreciado como una locura; y ese otro pueblo, habitante misterioso de las catacumbas, me parece, católicos, presenciar la mina que la caridad pone á la tierra para purificarla inflamándola; y mi alma queda estática viendo agitarse en las entrañas de la tierra por hombres desvalidos, y bajo el hacha de la persecucion, el gran pensamiento de cambiar la faz de toda la sociedad antigua, sometida, por último, despues de tres siglos de sangre, al suave, pero irresistible poder de la Cruz.

Así sucedió: la doctrina y la paciencia, es decir, el Evangelio y la Cruz, rindieron su jornada; la rindieron..... ¿Y cómo, católicos? ¿Veis ese signo sagrado que posa con majestad sobre las moradas angustas del Rey del mundo? Es la Cruz triunfante en el Palacio de Constantino convertido. ¿Veis ese anciano, sentado en el trono de su Basílica esperar al gran monarca que se postra á sus piés para pedirle el bautismo? Es Silvestre, el Papa elegido por Dios para representar el tránsito de su Iglesia desde las tinieblas de una mansión penosa hasta la plenitud de su inauguración social.

Ya desde entonces la nueva institución aparece con majestad en toda la tierra: empiezan á caer los templos de los ídolos, á levantarse suntuosas basílicas á la Víctima del Calvario, y á tremolar donde quiera la gloriosa enseña del cristianismo. Un paso mas: ved en Nicea reunida la Iglesia en un concilio Euménico, por la primera vez bajo la protección y con el acatamiento del César, dando una segunda, y mas solemne, y mas explícita promulgación á los artículos de la fe, y anunciando la unidad de Dios á un mundo que acababa de salir del politeísmo.

Deteneos aquí, católicos, para contemplar el estado de la sociedad en consecuencia de este cambio. Todo está trasformado: todo ha vuelto á la vida; todo crece á la sombra de la Cruz. La familia sacude todos sus grillos, pues la mujer recobra su dignidad, el marido se somete

al código cristiano, y los hijos representan los dulces lazos de la religión y de la naturaleza bajo el techo doméstico. Esta institución honrada por Jesucristo en las bodas de Caná y restaurada por su sangre, es el objeto de la mas tierna solicitud; y Pablo, levantando la sociedad doméstica á la altura de su celo y de su genio, parece al mismo tiempo el legislador de los esposos, el ayo de los hijos y domésticos, el Apóstol de la familia. Proclamase y predicase con el ejemplo, el Evangelio de la fraternidad y de la dignidad del hombre, y empiezan á aflojarse las cadenas del esclavo. Un paso mas, y la odiosa definición de esclavo, *non tam viles quam nulli sunt*, quedó borrada, como decia un escritor insigne, del código de Roma.

¿Qué os diré, católicos, de todos esos gremios que por espacio de cuarenta siglos habian vivido entre el desprecio, la rabia y animadversión de la sociedad; de los pobres y atribulados, de la familia de Jesucristo? Cubriólos á todos la fraternidad del Evangelio, y se abrieron en favor suyo las arcas del rico y del poderoso.

Ved la sociedad civil: sus elementos, sus relaciones, sus medios de acción, sus códigos, su magistratura, su gobierno: todo cambia. El príncipe se enaltece recibiendo del cielo el título de ministro, y aprendió en Jesucristo el arte de servir á sus súbditos. Estos, á su turno, encontraron en la divina ley la última razón de sus deberes, y en la conciencia el primero de sus estímulos para cumplirlos; y el orden, la concordia, la reciprocidad de sentimientos, las mútuas prestaciones, la firmeza y estabilidad del Estado, fueron la consecuencia y la prueba de una restauración social obrada por la Cruz.

Pero no os detengais aquí: abatid las barreras que limitan este cuadro: dilatad vuestra vista por los nuevos horizontes: dad el paso con vuestra memoria y vuestra admiración, del estado al mundo, de la sociedad civil á la sociedad política, gran cuerpo de todas las naciones constituidas. Ved ese nuevo derecho de gentes, ese dere-

cho consuetudinario que ha creado la civilización cristiana; ese respeto del hogar doméstico, de las garantías de la vida y la persona en el estrépito de la guerra; esos retornos á la paz sin los rencores, esta condición tan diversa del prisionero moderno que ya no tiene que alternar entre la esclavitud y la muerte. Vedlo, estudiadlo, comparadlo con lo que antes habia. ¡Qué diferencia! ¡Qué trasformación! ¡Qué reforma! ¡Qué portento! Pues bien, católicos, todo se explica con la Cruz: todo es obra de ella, y solo por ella se hubo podido cambiar, como al principio decia, la faz política y social de todas las naciones.

Yo bien sé, y Dios sabe el dolor tan profundo que experimento al confesarlo: yo bien sé que ninguno de los siglos cristianos ha dejado de presentar algunas sombras que empañan mas ó menos el brillo de este cuadro: yo bien sé que la acción reparadora de la Cruz, no ha dejado nunca de hallar obstáculos en su marcha: que las mejores instituciones han tenido fuertes antagonismos, como las infalibles doctrinas del Evangelio encomadas luchas que sostener. Sé muy bien que el mundo fué vencido, pero no quedó desarmado; que la iglesia de Jesucristo durante su peregrinación por la tierra no dejará de ser militante; que la razón y la voluntad en sus extravíos no descansarían jamás; y que esa Cruz, despues de atravesar lagos de sangre, tendria que domeñar ante sus augustos concejos, el génio de la herejía, salvando de nuevo la inteligencia, y disipar el aire envenenado de los vicios, restaurando la vida de la virtud. Sé muy bien que la sociedad moderna ha reproducido mas de una vez la triste historia del hijo pródigo, y que aun hoy día se respira el pestilente gas que ha dejado despues de su explosión, para contaminar al mundo, la memorable revolución francesa. Lo sé, católicos, y el corazón me duele cuando escucho á los oráculos del siglo, volver, como al simbolo de las sociedades, á los llamados principios de 89, y cuando en plena civilización se está echando, digá-

moslo así, la edición novísima del código de las naciones, formulado todo en la monstruosa doctrina de los hechos consumados. Lo sé, lo sabéis vosotros, lo vemos todos, y altamente lo predica, como el soberano resumen de todas las falacias y de todas las injusticias, el turbulento pontificado de ese anciano venerable que hoy está sentado en la cátedra de Pedro, y cuyo trono, amenazado por todas partes, ha estado por mas de cinco lustros sufriendo las trepidaciones políticas, venciendo cada día, sin contar con el siguiente.

¿Y qué se sigue de todo esto, católicos? Una consecuencia terrible, pero extricilmente lógica, una verdad espantosa, capaz por sí sola de hacernos estremecer. Ya os lo he dicho: así como por la Cruz vino el gentilismo á la perfección civil y á la unidad política, y á la plena civilización, así también, volviendo las espaldas á la Cruz, la sociedad tendrá que llegar al paganismo, y por el paganismo á la barbarie. Y cuenta con que no se trata de simples hipótesis, de verdades especulativas, no: se trata de lo que ha sucedido ya. El mundo es un ser complejo, y marcha, parte por parte, sociedad por sociedad, pueblo por pueblo, al destino que él mismo se prepara con su conducta.

La Africa está tras de vosotros con su historia; y esa historia reúne tal tesoro de escarmientos, que no necesitáis pasar á la extremidad de la Europa y deteneros ante el imperio de la Media Luna, ni correr á la Asia é interrogar á sus ruinas para encontrar los recuerdos de unas sociedades, que saliendo de la nada, fueron conducidas hasta su zenit por la Cruz del Salvador, y que, abandonando la sagrada enseñanza, se sorprendieron á la hora menos pensada en los abismos de la mas triste abyección é ignominiosa barbarie.

Basta. Muy á pesar mío, y sin permitirme sino muy sumarias indicaciones, me he detenido notablemente. Pero tal es la importancia y el interés de actualidad que la materia presenta, que nunca seremos nimios en estudiarla

y meditarla. Esa Cruz está al frente de todas las glorias, porque á todas las grandes restauraciones ha presidido. Suya es, por la gracia y el poder infinito del que murió en ella, la luz que dispó el nuevo caos é hizo volver la razon á la posesion de la verdad en toda la extension de sus objetos, en todas las combinaciones de su economia, en todas las trascendencias prácticas de su accion. Suyo es el fuego activo é inextinguible que ha depurado de todos los humores malignos y de todos los contagios venenosos, el mundo moral, trasformándole de pestilente guarida de los vicios en delicioso albergue de todas las virtudes. Suyo es el secreto de esa restauracion social, que comenzando en el hogar doméstico, no se ha detenido sino hasta que hubo inaugurado y conducido á su madurez la sociedad política. Los esposos y padres, los hijos y hermanos, los domésticos, todos le deben la paz y la concordia consiguientes á la santificacion de la familia: los Estados, su firmeza; los gobiernos y los pueblos, sus garantías; los códigos, su depuracion y su plenitud; las costumbres, su regularidad, y el bienestar social, su esencia misma. En fin, católicos, ese majestuoso conjunto que presentan las sociedades modernas en sus vínculos, sus relaciones, sus tratados, etc., etc., todo lo deben á la Cruz. Y esta deuda gravita ¡prodigio imponderable! aun sobre las sociedades que están fuera del cristianismo; porque el cristianismo las ha desarmado y puesto del lado de la civilizacion, á pesar de no ser creído.

Tal es la influencia de ese madero con sus precedentes, con su historia y en su marcha. Tal es la omnipotencia de la Cruz.

Volemos, pues, á ella, católicos, al noble impulso de la fe y con las alas de la esperanza y del amor. Volemos en espíritu á la sagrada colina, donde se inaugura juntamente como el primer altar del sacrificio y el trono del mundo restaurado. Pidamos á las criaturas todas, en el cielo y en la tierra, su concurso y su poder, para cantar con nosotros los gloriosos combates y proclamar á la vis-

ta de ese trofeo, la primera y mas noble de todas las victorias, la que ha obtenido, inmolado en esa Cruz, el Redentor del mundo. Cantemos la virtud infinita de ese árbol escogido entre todas las selvas y montañas, para curar la mortal herida que recibió la humanidad con el fruto del árbol del paraíso. Saludemos ese madero con un corazon lleno de reconocimiento y amor, á ejemplo del profeta Rey, como el angusto leño desde donde reina el mismo Dios. Saludémosle con toda la Iglesia en presencia del esplendor y belleza que sobre él derramó el Unigénito del Padre, vistiéndole con la púrpura de su sangre y dignificándole para tocar su sagrado cuerpo. Saludemos embelesados y estáticos ese madero, cuyos brazos pesan los destinos de la humanidad y tienen suspendido el precio del mundo.

¡Oh Cruz! Yo te saludo con esta Hermandad piadosa, ilustre por mil títulos y mas ilustre por estar consagrada especialmente á tu culto; yo te saludo con todas las emociones y con todo el arrobamiento de la admiracion, de la esperanza y del amor. Y todos reunidos en derredor tuyo cantamos tus glorias, admiramos tu poder, aplandimos tus triunfos, reconocemos y acatamos tu soberanía, y ponemos al pié de tu trono la barca de Pedro, para que superior á todas las borrascas la lleves á buen puerto; al santo y atribulado Pontífice que la conduce, para que lo salves del furor de sus enemigos; á todas las naciones católicas, para que las mantengas siempre bajo tu imperio; á los mismos pueblos infieles, para que los conviertas; todas nuestras miserias, para que las remedies; todas nuestras llagas, para que las cures; todos nuestros pecados, para que los laves con la sangre que depositas: nuestra fe, para que la robustezcas; nuestra esperanza, para que la corones; nuestra caridad, para que la inflames. Y en aquel día, último de todos los días, término de todos los siglos, teatro de la gran catástrofe en que ha de perecer el mundo, en el momento decisivo en que regreses á los cielos cargada de coronas inmortales, haz,

¡oh Cruz! que todos nosotros, los que hemos venido aquí á celebrar tus triunfos y á dirigirte nuestras plegarias, seamos del número de los que vayan contigo benditos del Hijo para gozar con el Padre y el Espíritu Santo tus preciosos frutos por toda la eternidad.—Así SEA.

SERMON
SOBRE LA SANTA CRUZ

PREDICADO POR EL

R. P. FRAY PABLO BARRIOS

EN

SAN DIEGO DE MEXICO, EN 1849

Sicut Moyses exaltavit serpentem in deserto, ita exaltare oportet Filium hominis, ut omnis qui credit in ipsum non pereat, sed habeat vitam eternam.

Joan., III.

Así como Moisés exaltó la serpiente en el desierto, conviene al Hijo del hombre ser exaltado en la Cruz, para que no perezca todo el que cree en él, sino que goce de la vida eterna.

1. ¿Quién había de creer, hermanos míos, cuando al nacer el alba anunciaba el ángel del Señor á los pastores la feliz llegada del Mesías prometido según la ley y los profetas para que corrieran sin dilación hácia Belén, donde le verían pobre y humilde entre las pajas, pero mas brillante que el sol, que llegaría un día en que el alborozo y contento se convirtieran en tristeza y llanto? ¿Quién pudiera decir que el Rey pacífico, que brillaba sobre to-